

vuelve á montar y emprende el camino de su casa, de la cual halla francas las puertas. Congregadas en la cocina están cuatro viejas de la aldea y muerta y amortajada en su lecho, la moza con quien vivía en pecado mortal.)

* * * * *

EGLOGA



Por un viejo camino de sementeras y de vendimias conducen un rebaño dos mujercas de la aldea. La una, vieja y engalanada, es la ventera de la Venta del Frade, y la otra descalza y humilde la zagala que sirve allí por el yantar y el vestido.

En la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba, las hoces brillan con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rucio pelo y luegas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como

el bufón de un buen rey. Al pasar las dos mujeres, uno de los zagales grita hacia el camino:

—¿Van para la feria de Brandeso?

—Vamos más cerca.

—¡Un ganado lucido!

—¡Lucido estaba!... ¡Agora le han echado una plaga, y vamos al molino de Cela!...

—¿Van á dónde el saludador?... ¡A mi amo le sanó una vaca! Sabe palabras para deshacer toda clase de brujerías!

—¡San Berísimo te oiga!

—¡Vayan muy dichosas!

Las dos mujeres siguen adelante: buscan la sombra de los valladares y desdeñan el ladrido de los perros que asoman feroces, con la cabeza erguida, arregañados los dientes. Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean á lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico

el agua de la lluvia que aun queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonrío un molino. El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patín, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz: grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:

—¡Suras!... ¡Suras!...

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta. Las dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!

A las saluciones siguen las preguntas lentas y cantarinas: las tres aldeanas hablan con una mano puesta sobre los ojos para resguardarlos del sol.

—¿Hay mucho fruto?

—¡Así hubiera gracia de Dios!

—¿Cuántas piedras muelen?

—Muelen todas tres: la del trigo, la del maíz y la del centeno.

—¡Conócese que trae agua la presa!

—En lo de agora no falta.

—¡Por algo decían los viejos que el hambre á esta tierra llega nadando!

La molinera baja á franquearles la cancela; pero la ventera y la zagala quedan en el camino hasta que una á una pasan las ovejas. Después, cuando el rebaño se extiende por la era, entran suspirando. La molinera hunde sus toscos dedos de aldeana en el vellón de los corderos.

—¡Lucido ganado!

—¡Lucido estaba!

—¿Por acaso hiciéronle mal de ojo?

—¡Todos los días se muere alguna oveja!

—¿Entonces, buscáis al abuelo?... Por ahí andaba... ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Las tres mujeres esperan bajo el emparado de la puerta. El gallo canta subido al patín. Las gallinas aun siguen picoteando en la hierba, y la molinera les arroja los últimos granos de maíz que lleva en la falda. Por el fondo del huerto, bajo la sombra de los manzanos, aparece el abuelo: un viejo risueño y doctoral, con las guedejas blancas, con las arrugas hondas y bruñidas, semejante á los santos de un antiguo retablo, conduce lentamente, como en procesión, á la vaca y al asno, que tienen en sus ojos la tristeza del crepúsculo campesino. Tras ellos camina el perro, que, cauteloso, va acercándose al rebaño, y le ronda con las orejas bajas y la cola entre piernas. El viejo se detiene y levanta los brazos sereno y profético:

—¡Claramente se me alcanza que á este ganado vuestro le han hecho mal de ojo!...

La ventera murmura tristemente:

—¡Ay!... ¡Por eso he venido!...

El viejo inclina la cabeza. Las ovejas balan en torno suyo, y las acaricia plácido y evangélico. Después murmura gravemente:

—¡Valeros!... ¡No puedo valeros!...

La ventera suspira consternada:

—¿No sabe un ensalmo para romper el embrujo?

—Sé un ensalmo, pero no puedo decirlo. El señor abade estuvo aquí, y me amenazó con la paulina... ¡No puedo decirlo!...

—¡Y hemos de ver cómo las ovejas se nos mueren una á una!... ¡Un ganado que daba gloria!...

—¡Sí que está lucido! ¿Aquel virriato es todavía cordero?

—¡Todavía cordero, sí, señor!

—¿Y la blanca de los dos lechazos, parece cancina?

—¡Cancina, sí, señor!

El viejo volvía á repetir:

—¡Sí que está lucido! ¡Un ganado de regalía!

Entonces la ventera, triste y resignada, volvióse á la zagala:

—Alcanza el virriato, rapaza...

Adega corrió asustando al perro, y trajo en brazos un cordero blanco con manchas negras, que movía las orejas y balaba. Al acercarse, en los ojos cobrizos de su ama, donde temblaba la avaricia, vió como un grito de angustia el mandato de ofrecérselo al viejo. El saludador lo recibió sonriendo:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

La ventera, arreglándose la cofia, dijo con malicia de aldeana:

—Suyo es el cordero... ¡Mas tendrá que hacerle el ensalmo para que no se muera, como los míos!

El saludador sonreía, pasando su mano temblorosa y senil por el vellón de la res.

—Le haremos el ensalmo sin que lo sepa el señor abade.

Y sentándose bajo su viña, quitóse la montera, y con el cordero en brazos, benigno y feliz como un abuelo de los tiempos patriarcales, dejó caer una larga bendición sobre el rebaño, que se juntaba en el centro de la era yerma y silenciosa, dorada por el sol.

—¡Habéis de saber que son tres las condenaciones que se hacen al ganado!... Una en las hierbas, otra en las aguas, otra en el aire... ¡Este ganado vuestro tiene la condenación en las aguas!

La ventera escuchaba al saludador con las manos juntas y los ojos húmedos de religiosa emoción. Sentía pesar sobre su rostro el aliento del prodigio. Un rayo de sol, atravesando los follajes de la parra, ponía

un nimbo de oro sobre la cabeza plateada del viejo: alzó proféticamente los brazos, dejando suelto el cordero, que permaneció echado en sus rodillas.

—La condenación de las aguas solamente se rompe con la primera luna, á las doce de la noche. Para ello es menester llevar el ganado á que beba en fuente que tenga un roble, y esté en una encrucijada...

Dejó de hablar el saludador y el cordero saltó de sus rodillas. La ventera, con el rostro resplandeciente de fe, cavilaba recordando dónde había una fuente que estuviese en una encrucijada y tuviera un roble, y entonces el saludador le dijo:

—La fuente que buscas está cerca de San Gundián, yendo por el camino viejo... Hace años había otros dos: una en los Agros de Brandeso, otra en el atrio de Cela, pero una bruja secó los robles.

Después la ventera aun seguía hablando

con el saludador, mientras la pastora arrea-
ba las ovejas que, afanosas por salir al ca-
mino, se apretaban, estrujándose entre los
quicios de la cancela.

* * * * *

UNA DESCONOCIDA

Hace algunos años viajaba yo en el ferro-
carril Interoceánico de Xalapa á México. El
tiempo era delicioso y encantábase la vista
con el riquísimo verdor de la campiña, que
parecía palpitante ebria de vida bajo aquel sol
tropical que la hacía eternamente fecunda.

A veces venía á distraerme de la contem-
plación del paisaje la charla, un poco ba-
bosa, de cierta pareja que ocupaba asiento
frontero al mío. Ella bien podría frisar en
los treinta años; era blanca y rubia, muy
gentil de talle y de ademán brioso y des-
envuelto. El parecía un niño; estaba enfer-
mo sin duda, porque, á pesar del calor del
día, iba muy abrigado, con los pies envuel-
tos en una manta listada, y cubierta con un
fez encarnado la rala cabeza, de la cual se

despegaban las orejas, que transparentaban la luz.

Presté atención á lo que hablaban. Se decían ternezas en italiano. Ella quería ir á los Estados Unidos y consultar allí á los médicos de más fama; él se oponía, llamándola «cara» y «buona amica»; sostenía que no estaba enfermo para tanto extremo, y que era preciso trabajar y tener juicio. Si hallaban contrata en México, no debían perderla.

A lo que pude comprender, eran dos cantantes. Cerré los ojos y escuché, procurando aparecer dormido.

No estaban casados. Ella tenía marido; pero el tal marido debía ser peor que Nerón, á juzgar por las cosas que contaba de él.

Por un periódico tuvo noticia de que se hallaba cantando en México, y la dama, que parecía muy de armas tomar, hablaba de ir á verle, para que le devolviese las jo-

yas con que se le había quedado el «berganto».

—«Io no ho paura»—decía con una sonrisa extraña, que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes, donde brillaban algunos puntos de oro.

Hundió en el bolsillo la mano, cubierta de sortijas, y la sacó armada de un revólver diminuto, un verdadero juguete, muy artístico y muy mono.

Siguieron hablando largo rato de gentes y cosas para mí desconocidas, hasta que fatigado el joven se acostó en el asiento, que ella dejó por completo á su disposición, para lo cual vino á instalarse cerca de mí, saludándome al mismo tiempo con una sonrisa.

Al principio guardamos silencio. Los dos fingimos contemplar el paisaje. El campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente. Por las ventanillas abiertas penetraba la brisa aromada y fecunda de los cre-

púsculos tropicales; la campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Aquí y allá, en la falda de las colinas, y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactus, asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían á los umbrales, é indiferentes y silenciosas contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra.

En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras. Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio algunos viajeros, y todo fué silencio en el vagón. Y en tanto el crepúsculo detendía, por la gran llanura, su sombra llena de promesas apasionadas.

La naturaleza salvaje, aun palpitante de calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera cansada.

En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos y nupciales, y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas raudas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina; la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

Ya no recuerdo con qué ocasión, ni á qué propósito empezamos á hablarnos la italiana y yo. Sólo recuerdo que ella me contó su vida; una historia novelesca que en nada se parecía á la otra historia que pude colegir, cuando al comienzo del viaje oía su conversación con el adolescente del fez.

Y ahora resultaba que ella era la condesa de Lucca y aquel caballero enfermo el conde, su marido. Si yo había estado en Italia, con seguridad alguna vez habría oído

hablar de los Lucca, ¡porque eran de lo más ilustre! Y como yo recordase vagamente haber conocido un título de aquel ó parecido nombre, ella, sin dejarme hacer memoria, interrumpía:

¿Era viejo? Sería mi tío el príncipe. ¿Era mozo? ¿Militar? Sería mi hermano Aquiles, marqués de Lucca Vecchia.

Y sin detenerse proseguía el relato de sus grandezas con una verbosidad pintoresca y descosida, como los cintajos de su sombrero de viaje que alborotaba la brisa de las lagunas.

No llegamos hasta el anochecer. En el cielo sereno y límpido, lucían las primeras estrellas que se reflejaban en el fondo de las grandes charcas que esmaltan la meseta central.

Allá, en el borde del horizonte, sobre la ciudad, relampagueaban las nubes, mientras en el otro borde se marcaba el ocaso con una faja sangrienta. En la atmósfera tibia

y muda flotaba el olor acre de la tierra.

Antiguos canales de la época azteca orillan el camino. Las luces de la ciudad parpadeaban á lo lejos como pupilas foscas é inquietas de una gran manada de gatos monteses.

Ayudé á bajar del coche al conde de Lucca, que apenas podía moverse, y me despedí deseando toda suerte de felicidades á aquella extraña pareja. La condesa me estrechó las manos con muestras de mucho afecto. ¡Oh, ella no se olvidaría nunca de mí! ¡Yo tampoco la olvidé, qué diablo!

Después volví á verlos muchas veces: en todas partes los hallaba. Un día, en las torres de la Catedral, otro en un reñidero de gallos, la última vez en el castillo de Chapultepec dando confites á los tigres.

El conde de Lucca parecía más enfermo cada vez: no podía andar si no era apoyado en el brazo de la condesa.

Por algún tiempo dejé de verlos. Un día, ya los tenía casi olvidados, me tropecé con ella sola. Cuando le pregunté por el enfermo, se echó á llorar.

—¡Ah, mío povero!

Luego, entre suspiros, me contó que había muerto, y que ella quería trasladar sus adorados despojos á Italia, al panteón de familia. Se cubrió los ojos con el pañuelo, y lanzando un gemido, murmuró:

—¡Oh, el mío caro, el mío carísimo fratelo!

¿Su hermano?... ¡Pues no habíamos quedado en que era su marido!...

* * * * *

HIERBAS OLOSAS

Yo estaba de cacería en Viana del Prior, cuando recibí una carta donde mi madre, en trance de muerte, me llamaba á su lado. Anochecía y aun recuerdo aquella trágica espera mientras encendía un velón, para poder leer. Decidí partir al día siguiente. Pasé la velada solo y triste, sentado en un sillón cerca del fuego. Había conseguido adormecerme cuando llamaron á la puerta con grandes aldabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas. Me incorporé sobresaltado, y abrí la ventana. Era el mayordomo que había traído la carta, y que venía á buscarme para ponernos en camino. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué:

—¿Ocurre algo Brión?

—Que empieza á rayar el día, señor marqués.

Bajé presuroso, sin cerrar la ventana, que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llamó el mayordomo aun brillaban algunas estrellas en el cielo: cuando partimos, oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Hay nueve leguas de jornada y malos caminos de herradura, trasponiendo monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la Quintana de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras, atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Traspuetas aquéllas, vi otras, y después otras.

El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: no acababan nunca. Todo el camino era así. A lo lejos, por La Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado á mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba á usanza de Castilla. El sol empezaba á dorar las cumbres de los montes: rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios á la puerta. Salieron dos perros flacos, que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

—¡Sin pecado concebida!

Era una pobre alma, llena de caridad.

Nos vió ateridos de frío, vió las mulas bajo el cobertizo, vió el cielo encapotado, con torva amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde:

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen, si son caminantes!... ¡Ay! Qué tiempo, toda la siembra anega... ¡Mal año nos aguarda!

Apenas entramos, el mayordomo volvió á salir por las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó á dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina golpeaba sin tregua: ¡tac! ¡tac! La voz de un viejo, que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás. A poco tornó el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro:

—Aquí viene el yantar. La señora se le-

vantó para disponerlo todo por sus manos. Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Si cierra á llover no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde:

—Pondré una trébede al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Piso la trébede, y el mayordomo comenzó á vaciar las alforjas: sacó una gran servillea adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo, en tanto, me salí á la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia, que ondulaba en las ráfagas del aire.

El mayordomo se acercó respetuoso y familiar á la vez:

—Cuando á vucencia bien le parezca... ¡Díjole que tiene un rico yantar!

Intré de nuevo en la cocina, y me senté cerca del fuego. No quise comer, y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció

en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas y me sirvió aquel vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de esos pequeños vasos de plata que nuestras abuelas mandaban labrar con soles del Perú—¡un vaso por cada sol!—Apu-
ré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salíme otra vez á la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y á la moine-
ra que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó á voces:

—¡Padre! ¡Mi padre!...

Apareció blanco de harina, la montera le-
rribada sobre un lado y el cantar en los
labios. Era un abuelo con ojos bailadore y
guedejas de plata: alegre y picaresco como
un libro de antiguos decires. Arrimaron al
hogar toscos escabeles ahumados, y entre
un coro de bendiciones sentáronse á comer.
Los dos perros flacos vagaban en torno.
Fué un festín donde todo lo había previsto

el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas
manos pálidas, que yo amaba tanto, servían
la mesa de los humildes como las manos
ungidas de las santas princesas! Al probar
el vino el viejo molinero, se levantó salmo-
diando:

—¡A la salud del buen caballero, que nos
lo da!... De hoy en muchos años torne á
catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la mujeruca y el ma-
yordomo, todos con igual ceremonia. Mien-
tras comían yo les oía hablar en voz baja.
Preguntaba el molinero á donde nos enca-
minábamos, y el mayordomo respondía que
al palacio de Brandeso. El molinero cono-
cía aquel camino: pagaba un foro antiguo
á la señora del palacio, un foro de dos ove-
jas, siete ferrados de trigo y siete de cen-
teno. El año anterior, como la sequía fue-
ra tan grande, perdonárale todo el fruto:
era una señora que se compadecía del po-
bre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando

caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

—Si á vucencia le parece, echaremos un pienso á las mulas y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso á barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones con un musitar de rezo:

—¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al palacio tenga una grande alegría!... ¡Quiera Dios que se encuentre sana á la señora y con los colores de una rosa!...

Dando vueltas en torno del hogar, la molinera repetía monótonamente:

—¡Así la encuentre como una rosa en su rosall

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo á recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta á vernos partir:

—¡Vaya muy dichoso el noble caballero!... ¡Que nuestro Señor le acompañe!...

Cuando estuvimos á caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó á mí llena de misterio. Así, arrebuja, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

—Cuando se halle con la señora, mi condesa, póngale, sin que ella lo vea, estas hier-

bas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco á poco...

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió á dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero, y apartó á su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso á mi mula:

—No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojito de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, las que curan la saudade de las almas y los males de los rebaños, las que aumentan las virtudes familiares y las cosechas... ¡Qué poco tardaron en florecer sobre una sepultura, en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandesol

ORACION

Fué una amiga ya muerta, quien con amoroso cuidado reunió estos cuentos, escritos á la ventura y en tantos sitios, para morir olvidados en la vieja colección de alguna revista provinciana. Cuando un día me los entregó, después de muchos años, yo creí hallar en ellos el perfume ideal de sus manos.

¡Pobres manos frías, ojalá pudieseis ahora volver á perfumar estas páginas!

FIN